

LEBEAU, Suzanne. (2019). *Escribir para públicos jóvenes, una conquista de la libertad* (Pilar Sánchez Navarro, Trad.). Paso de Gato.

Claudia GIDI*

La peculiar respuesta de un público infantil frente a un espectáculo de comedia del arte lleva a Suzanne Lebeau —destacada actriz y dramaturga canadiense, quien se ha distinguido precisamente por sus aportaciones al teatro para jóvenes y niños— a plantearse una serie de preguntas que guiarán su investigación durante muchos años: “¿acaso hay un lenguaje especial para conmover a los espectadores jóvenes? ¿Cuál sería ese lenguaje? ¿Cómo se articularía?”

El libro *Escribir para públicos jóvenes* responde a estas y muchas otras cuestiones; es también el resultado de un proceso de maduración crítica y reflexiva de cuatro décadas. En el transcurso de una investigación que comenzó hacia la década de 1960, Lebeau descubrió muy pronto la enorme distancia que hay entre la vitalidad, curiosidad, impertinencia y complejidad propias del lenguaje de los niños y el que se emplea en los espectáculos que se les suele presentar: afectado y “demasiado bien educado”. Constatar esa discrepancia llevó a la entonces joven actriz a convertirse en dramaturga y a crear sus propios espectáculos. Poner en cuestión la manera en que se escribe para niños supuso una dificultad todavía mayor, si se quiere: significó poner en entredicho la manera en que los adultos nos relacionamos con los chicos; lo que la llevó a reflexionar sobre una relación que es en principio desigual, en la medida que es el adulto quien decide, elige. De ahí que surgiera la otra gran

pregunta que guía buena parte del desarrollo del libro: “¿cómo en un contexto desigual de doble autoridad (el autor frente al público y el adulto frente al niño) es posible crear las condiciones para un encuentro teatral que ponga en presencia dos intimidades?”

Cuatro capítulos integran este libro, que cuenta entre sus virtudes con una sólida investigación documental y artística. En el primero, la palabra clave es contexto. Lebeau sitúa históricamente la idea misma de la infancia, y para ello repasa las opiniones de pensadores, pedagogos y psicoanalistas de la talla de Philippe Aries, Freinet, Piaget o Merleau-Ponty, por sólo mencionar algunos. Pone asimismo en contexto al teatro —particularmente al teatro para niños y su no muy dilatada historia— y reflexiona sobre lo que ha supuesto el paso del drama clásico al contemporáneo. Especialmente interesantes me parecieron sus reflexiones acerca de lo que la autora llama el reglamento implícito que rige los espectáculos convencionales para niños —“reglamento” que lleva a los creadores a observar acuciosamente, bajo la lupa de valores morales y estéticos al uso, el más mínimo de sus gestos—. No se permiten, por tanto, mostrar en la escena lo que ellos ven y sienten sobre el mundo, sino lo que una sociedad determinada acepta no sólo como bueno y formativo para los infantes, sino como ejemplar. Por si fuera poco, se asume acriticamente que, a los jóvenes espectadores, de forma unánime, les debe gustar lo que se les

* Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias,
Universidad Veracruzana

presenta. De este modo, a través de una historia linda que tranquilice ¡a los adultos!, en la que el bueno es premiado y el malo recibe su merecido, se busca educar y complacer. Por último, y para colmo de sus limitaciones, este tipo de teatro debe presentar una “verdad” que muestra como incuestionable.

El segundo capítulo está dedicado a lo que la autora llama conceptos estructuradores: *autoridad, empatía y metáfora*. A través de ellos, Lebeau busca entender las dificultades inherentes a la escritura teatral para niños, al tiempo que identifica las condiciones necesarias para el encuentro de dos intimidades. Como en el transcurso del libro, la dramaturga explora todos estos elementos desde una perspectiva teórica muy sólida, pero siempre incorporando lo que ella misma ha experimentado a lo largo de los años. Al tratar el problema de la autoridad, Lebeau constata cómo los adultos han intentado vigilar el encuentro de los niños con el arte, como si éste fuera “el último refugio de las prácticas educativas autoritarias”. Una vez identificado este problema, la autora concibe la idea de la empatía como agente de cambio, es decir, como instrumento de conocimiento del otro y, en su dimensión más profunda, de uno mismo. Seguir por este sendero le ha permitido a Lebeau reducir el abismo, construir puentes entre creador y espectador, rechazando la idea de ser el adulto “que sabe”, siendo sensible a la vitalidad y complejidad del propio discurso infantil. Por último, la autora considera la “metáfora fundadora” no sólo como otra vía para enfrentar el problema de la autoridad en las relaciones adulto-niño, sino también como un camino para situar al espectador en el lugar determinante que ocupa en los procesos creativos. En este punto, la reflexión parte del proceso de composición del texto *Los pequeños poderes (Les petits pouvoirs)*, trabajo que se extendió por un año y en el que participó un grupo de niños. Las apoyaturas teóricas más significativas en la elaboración de este apartado fueron los ensayos de Paul Ricoeur (*La metáfora*

viva) y de Bertrand Gervais (*Lecture littéraire et explorations en littérature américaine*).

El teatro participativo es uno de los caminos creativos sobre los que la artista reflexiona en el tercer capítulo del libro. Se trata de un tipo de espectáculo teatral en el que el niño participa activamente y deja de ser un simple espectador; es decir, en el que se le reconoce plenamente su capacidad creadora. Optar por un teatro de esta naturaleza presupone gran cantidad de requisitos: desde una distribución peculiar en el espacio, hasta la disposición de los actores para enfrentar una buena dosis de incertidumbre, la que acarrea consigo la improvisación misma. De 1974 a 1980 Lebeau escribió cinco textos dramáticos con la mira de incorporar la plena participación de los infantes en el desarrollo de los espectáculos. Sin embargo, este tipo de experiencias creativas hubieron de enfrentar innumerables escollos que llevaron a la dramaturga y su grupo de actores a lo que consideraron un callejón sin salida. A partir de este momento la búsqueda sigue otros derroteros, aunque siempre en estrecho contacto con los chicos. Muchas de las obras que escribió consumieron meses enteros de talleres en los que trabajó con los pequeños, agrupados según sus edades, pero con frecuencia provenientes de distintos medios socioculturales. Son múltiples las líneas de investigación que revisa Lebeau en este capítulo: por ejemplo, analiza cómo ocurre el proceso de identificación, tanto de los menores de edad como de los adultos que asistían a las funciones. Pero quizá una de las reflexiones más interesantes es la que hace en torno de la autocensura; reflexiones que asocia con la escritura de tres obras, entre 1991 y 1994. Se detiene también a analizar, entre otras, una de sus obras más conocidas y perturbadoras, *El ogrito*, que fue traída a la escena mexicana con gran éxito.

Finalmente, en el cuarto capítulo, la autora parte del texto *Tres hermanitas* para explorar nuevas estrategias que le permitieran lograr el encuentro vivo y auténtico entre dos

sensibilidades, y en él afronta uno de los temas más dolorosos y perturbadores para los seres humanos: la enfermedad y la muerte de un niño. Este nuevo proyecto entrañó una revisión exhaustiva de las herramientas, tanto investigadoras como creativas, utilizadas por la autora a lo largo de cuarenta años. Supuso también una exploración profunda de las formas teatrales de expresión que incidían en, por ejemplo, el manejo del tiempo, la dosificación de la información, las rupturas tonales, la narración en el drama, hasta dar con las elecciones adecuadas, que permitieran una experiencia profunda y empática,

liberadora y vital, que no evade la tensión ni las contradicciones humanas. Al final de cuentas se trata de crear un espectáculo abierto a las formas de arte más contemporáneas, con plena confianza en el espectador.

Escribir para públicos jóvenes es un viaje apasionante por los senderos que durante varias décadas siguió una artista de gran calado comprometida con la infancia y con el arte dramático en su más alta expresión, y que no duda en plantear en la escena las preguntas esenciales y existenciales que atraviesan la vida, del nacimiento hasta la muerte.

